

La significación esencial de los principios imitativo é inventivo se han discutido tanto desde el punto de vista del desarrollo personal del individuo—sea éste un genio ó un vago—como desde el del movimiento de la sociedad hacia los niveles superiores de la perfección. El resultado, hasta ahora, puede encerrarse por el lado del individuo en la opinión de que cada *hombre es un socio*; y por el del cuerpo social en el principio de que *toda sociedad revela al socio*. De aquí se sigue que hay dos cuestiones fundamentales en el fondo de toda teoría seria de la sociedad. La primera es ésta: *¿Hasta qué punto un conocimiento completo del hombre individual en la sociedad será también una revelación completa de la sociedad á que pertenece?* Y la segunda cuestión es esta (la inversa de la otra): *¿Hasta qué punto es necesario comprender la sociedad, tal como existe actualmente, para construir una teoría adecuada de la naturaleza actual del hombre y de las posibilidades sociales?* Creemos ahora posible entrar en la discusión de estas cuestiones con alguna esperanza de obtener resultado. Se habrá observado que el examen de las invenciones «estéticas» se ha dejado para el capítulo sobre el «Sentimiento».

## TERCERA PARTE

### EL EQUIPO DE LA PERSONA

#### CAPÍTULO VI

##### Sus instintos y emociones.

En las páginas precedentes hemos encontrado razones para creer que el individuo tiene cierta propensión á vivir con sus semejantes, y también cierta capacidad para llevar á la acción su naturaleza sociable. Nos toca ahora investigar cómo demuestra los elementos sociables de su carácter en la conducta.

##### § 1.—EMOCIÓN INSTINTIVA Y EMOCIÓN REFLEXIVA

122. La observación de que los hombres son animales de emoción, y de que la emoción es un gran incentivo para la acción, tiene caracteres de axioma. No necesitamos detenernos á definir la emoción ni á trazar su génesis en el reino animal. Lejos de ello, debemos suponer que el lector tiene ya un sentido bastante claro de lo que es la emoción, puesto que la siente. La observación, pues, de que el hombre social tiene emociones y de que éstas influyen en su conducta, solo es pertinente aquí para indicar un problema ulterior: el problema de cómo el individuo manifiesta sus emociones

y de qué nos dicen éstas, en la vida social, acerca de él y acerca de los demás.

Los psicólogos están de acuerdo en que la emoción generalmente acompaña á las ideas. Cada emoción tiene un carácter distintivo concordante con el carácter de la idea particular á que acompaña. Un león despierta el miedo, un amigo el cariño, un enemigo el odio, etc. Pero hay un hecho más relativo á la idea ó pensamiento que ocupa nuestro espíritu cuando experimentamos una emoción viva; esto se ofrece en el hecho de que las emociones se clasifican usualmente bajo dos grandes títulos: de una parte, las que nos atraen hacia un objeto y que van acompañadas de placer, y de otra parte, las que nos repelen de un objeto y producen un sentimiento doloroso. Las emociones atractivas son uniformemente placenteras, y las repulsivas, dolorosas. Y cuando entramos á investigar este curioso estado de cosas, solo encontramos un medio de explicar el uno ó el otro par de hechos supuestos; el par formado por la atracción y la repulsión ó lo que constituye el placer y el dolor. El hecho es este: hay un centro de existencia orgánica ó personal,—un yo de alguna clase,—á cuyo bienestar se refiere de alguna manera la emoción. Decimos: «yo tengo miedo» ó «yo amo y odio», ó «el león me espanta». «Cuando yo huyo de algo espantoso procuro apartarme, y cuando yo abrazo á un amigo espero un regalo, me gozo con un honor, es porque yo encuentro cierta ventaja en la atracción ejercida sobre mí, por el objeto supuesto en uno y otro caso. Todo esto podemos decirlo resueltamente aun cuando nuestras opiniones difieran en cuanto al mejor medio de explicar esta correspondencia de la emoción con el bien y el mal que suponen para el yo personal. Ciertas emociones llamadas usualmente emociones *reflexivas*, tienen una distinta relación con nuestro pensamiento consciente de nuestro propio bienestar ó con el contrario. La primera de entre éstas es, naturalmente, la clase de emociones conocida como vanidad, orgullo, etc., en que la idea del yo es muy dominante.

123. Concedido todo esto respecto de la emoción se ofre-

ce otra diferencia. Hay ciertas emociones cuyo origen es claramente físico, orgánico. En el caso de éstas, el estado emocional no parece exigir que nosotros pensemos realmente en nosotros mismos. Podemos no tener tiempo de hacerlo. Muchas veces nos sorprendemos sufriendo la emoción y el descubrimiento de que estamos en peligro ó en una situación feliz, es cosa posterior. De estas emociones se dice que son *instintivas ú orgánicas*. Parece que pertenecen al organismo físico, y están tan estrechamente unidas á la estructura del cuerpo por la herencia, que sirven para protegernos de los peligros y para proporcionarnos beneficios sin el auxilio de nuestros procesos reflexivos.

124. Estas dos referencias á un centro personal en el estado emocional—por diferente que el yo pueda ser en ambos casos—son ambas de una importancia social directa. Mientras la emoción es cuestión de reacción meramente orgánica, su expresión es un asunto de hábito orgánico consolidado. Esto nos sugiere la cuestión de si en estas demostraciones orgánicas de los hábitos de la raza se puede encontrar una prueba de que la especie á que pertenece el individuo en cuestión ha vivido una vida social. Naturalmente, las formas de la reacción muestran el carácter general del medio en que se aprendieron las expresiones emocionales; y si encontramos en ella elementos que manifiestamente exigen un medio social, no podríamos desear mejor demostración de que existieron aquellas condiciones ancestrales. ¿Hasta qué punto, pues, encontramos en las expresiones de la emoción las pruebas de las relaciones cooperativas que requiere la vida social? A esta cuestión ya se ha respondido en las diversas obras en que los instintos sociales se han sometido á un examen más ó menos exacto. Mientras el hombre muestra los instintos sociales de los animales, podemos decir que sus reacciones pueden tomarse como demostración de que los primitivos hábitos sociales del hombre fueron, en los respectos que estas relaciones indican, del mismo género que los de los animales. Esto es cierto para los instintos familiares en

general: los cuidados maternos, la provisión paternal de alimento y la vigilancia contra el peligro, la instrucción de los padres para los movimientos y para la defensa propia, etc., la respuesta de los hijos al cuidado é instrucción de los padres, la actitud fraternal de los jóvenes unos con otros, dentro de la misma familia, el instinto del juego con sus ejercicios de resistencia, defensa y habilidad. Todas estas cosas demuestran un fondo de adquisiciones comunes al hombre y al bruto é indica, creo yo, las condiciones de raza que existían antes de que el hombre apareciese sobre la tierra. En cuanto al hombre mismo, estas tendencias son, en su mayoría, hereditarias, y su ejercicio de un modo espontáneo por el niño, nos da una demostración de la ley de «recapitulación» en su acepción más principal (1).

Además de estas reacciones instintivas de un carácter emocional, existen otras ciertas expresiones que se dan en un alto grado en los niños y á veces en los animales, expresiones que debemos investigar inmediatamente; forman un eslabón muy señalado en la cadena de hechos sobre que descansan la teoría biológica de la recapitulación y la forma superior de la misma verdad que se encuentra en la historia del progreso de la raza humana. Estos hechos son: las *manifestaciones ó expresiones de ciertas emociones que tienen la forma orgánica y también la reflexiva*; tales, por ejemplo, como los celos, el temor, la cólera y la simpatía. Estas expresiones emocionales, juntas con las reacciones físicas que muestran los niños pequeños en lo que llamamos la timidez y el instinto del juego, son, á mi entender, de gran importancia en la evolución mental sobre que se funda la vida social. Esto contribuye á que podamos entender más claramente las soluciones propuestas; y dedicaré unos cuantos párrafos más

(1) La teoría de la «recapitulación» (según la cual el individuo pasa por grados de desarrollo, que reproducen en su orden algunos de los grados por los cuales pasó la especie), quedó discutida, con respecto al desarrollo mental, en mi *Mental Development*, cap. I, donde se citan obras de Biología.

á establecer más estrictamente ciertas distinciones antes de emprender la exposición de los hechos que han de ser citados en este capítulo.

125. Sabido es que la teoría de la «recapitulación» tiene dos grandes esferas de aplicación. Se aplica por el lado del animal tal como se estudia usualmente por la Biología y por la Psicología comparada, y tiene además cierta aplicación por el lado humano, en cuyo concepto se refiere á lo que los autores de antropología llaman los grados de la cultura. En Biología y en Psicología comparada la cuestión es si el organismo y el espíritu humano pasan por grados que recapitulen las formas del mundo animal; la cuestión antropológica, por otra parte, es si el individuo humano pasa por los grados de cultura por los cuales ha pasado la humanidad como especie. Al discutir el desarrollo mental del niño tenemos esos dos problemas que resolver: á saber, si el desarrollo mental del niño recapitula los grados de desarrollo mental del mundo animal, y si exhibe en caso afirmativo, ó recapitula los grados porque el espíritu humano después de nacer á la historia ha pasado en el desarrollo de nuestra raza (1).

Fácil es ver que la vida social es cosa que entra capitalmente en la segunda de esas cuestiones. Solo en cuanto el niño tiene la representación de las tendencias sociales que encontramos también en los animales, puede exponerse la cuestión de si el niño recapitula las formas animales de sociedad. Pero á medida que el niño va mostrando después ulteriores reacciones de un género especial ó de un grado especial que el mundo animal parece no poseer—especialmente si estas últimas parecen estar superpuestas á las primeras y dominarlas—la segunda cuestión de la recapitulación se hace pertinente; y entonces preguntamos: estas tendencias posteriores del niño hacia la vida social ¿son una repetición del desarrollo del hombre á partir de las condicio-

(1) Mi discusión precedente, ya citada (*Mental Development*, Cap. I, solo abraza la primera de estas cuestiones).

nes de la vida primitiva en que estaba más próximo al animal? La respuesta á esta pregunta requiere algún conocimiento de la historia de la cultura desde los tiempos prehistóricos: investigación propia del etnólogo. Así como el investigador de la morfología comparada presta sus datos al embriólogo humano y le pide que descubra el paralelismo que indique la recapitulación, así el etnólogo puede aportar sus determinaciones de las condiciones sociales del hombre primitivo en sus diversas épocas y pedir al psicólogo que señale los grados paralelos en el progreso del niño.

Cuando reunimos las dos esferas de aplicación del principio de la recapitulación, encontramos que la historia del progreso entero de la serie animal hasta la época humana, lo mismo que la historia posterior del progreso del hombre en la vida social, deben darse en el desarrollo del niño. ¡Qué campo de estudio tan rico! decimos nosotros. Pero el hecho mismo de que el niño revele tantas cosas hace imposible esperar que el testimonio sea completo. Por el lado orgánico encontramos un testimonio bastante completo del progreso animal en lo que toca al desarrollo biológico; pero el hecho mismo de que solo cuando el hombre hubo aparecido empezó la vida social que requiere una cooperación inteligente, este hecho tiende á oscurecer los primeros momentos del desarrollo mental. Para ser reflexivamente social el niño necesita ser menos agresivo, más tolerante, más adaptable, menos dominado por el instinto inflexible. Mas para esto los grados del desarrollo del espíritu animal que requieren las cualidades opuestas, tales como las altas dotes instintivas, deben ó haber pasado rápidamente en el niño, ó faltar del todo. Si fuera cierto este hecho general, sería de esperar que encontrásemos en el desarrollo mental de un niño solo aquellos caracteres mentales de los animales que pueden coexistir con el desarrollo superior social que viene á ser cosa esencial en la vida humana.

126. En efecto, encontramos esos caracteres en el niño: son ciertos grandes sistemas de reacciones y sus acompañantes

mentales que constituyen aquella construcción. Estas reacciones parecen ser elementos originales de su dotación *equipo* hereditario. Parecen estar bien explicadas por la ley de la recapitulación orgánica.

*Sin embargo, encontramos que son también susceptibles de una construcción que las colocaría entre los resultados de la adaptación inteligente y de la cooperación social.* Pueden explicarse como aclaración á la recapitulación antropológica. Hablo de las expresiones emocionales.

Citemos un ejemplo: el niño ofrece ciertas expresiones *nativas* de afectos comunes á él y á ciertos animales. Estas expresiones no pueden ser consideradas, sino como habiendo aparecido ancestralmente en condiciones en las cuales en ciertos conceptos viven ahora estos animales. Pero conforme el niño crece, encontramos que sus expresiones *inteligentes* de afectos *toman las mismas vías*: Si no las hubiéramos observado en el primer período del niño, probablemente habríamos dicho, aplicando la teoría de la recapitulación, que representaban el período del desarrollo de la raza humana, en que se encontraban útiles ciertos modos de acción inteligente en una comunidad social. Hay aquí, pues, dos atribuciones distintas de estas reacciones por la teoría de la recapitulación. Esto nos demuestra cuán rico campo es este de las expresiones emocionales para la interpretación. Es interesante notar que Darwin y los demás autores que las han estudiado, con raras excepciones y hasta donde yo conozco, han relegado la interpretación á las utilidades que obtiene la serie animal, sin investigar por el lado de la historia de la cultura; es decir, sin ocuparse de la *segunda* utilidad, la *inteligente*, que las mismas reacciones tienen en la historia del desarrollo humano ni de la correspondencia entre una y otra.

127. En cuanto á los efectos relativos que estas dos clases de recapitulación producen en el desarrollo del niño, pueden afirmarse ciertas verdades. Podemos decir: 1) que en cuanto la herencia de la ascendencia animal del niño tendió á entrar en conflicto con las exigencias del desarrollo social de la raza

humana, la primera debió anularse; puesto que, en efecto, el niño satisface las exigencias del medio social. Las tendencias egoístas del animal deben dejar lugar á la cooperación y á la simpatía. Y el proceso de selección para poner á la raza humana en un franco camino de sociabilidad, debe haber premiado las variaciones que respondían á esta dirección. 2) En cuanto los reflejos orgánicos del instinto animal, que habían sido útiles para el bruto, no ayudaban al desarrollo de las tendencias sociales triunfantes, correrían la misma suerte de sobrevivir, sólo en consideración á su antigua utilidad. Y 3) en cuanto los modos animales de acción, que fuesen favorables al desarrollo de la vida social ó que pudiesen contribuir á las nuevas utilidades de esa vida, estas reacciones serían confirmadas, y, ulteriormente, desarrolladas. Los gérmenes de la vida social, que se encuentran en los hábitos gregarios de ciertos animales, eran susceptibles de ulterior desarrollo en el hombre.

El primero de estos tres grupos de casos, lo encontramos representado en el niño por la ausencia de instintos innatos que le impulsen á sistemas coordinados de movimientos, fuera de ciertas combinaciones que le son actualmente necesarias para su vida. Y la razón aparece más clara, cuando recordamos lo que ya se ha dicho, en cuanto á la necesidad que el niño siente de tener todos sus miembros plásticos y libres para aprender, hasta donde sea posible, los actos de destreza que su medio social le exige. Estos actos son tan varios, que los mismos músculos y miembros tienen que usarse en una serie infinita de combinaciones; necesidad que no podría satisfacerse si esos músculos y la materia de la sustancia cerebral que los dirige estuviesen ya comprometidos en instintos tales como poseen los animales. La plasticidad es ley de la vida social; la contraria es la condición que presenta el instinto animal.

El segundo y el tercer caso tienen también ejemplos instructivos. Podemos preguntar por qué los brazos no son patas, mientras que las piernas siguen haciendo el oficio de

aquellas. La razón es clara; los fines de la locomoción exigen patas, las piernas lo son porque la pérdida de todas las patas hubiera equivalido á la pérdida de la vida. Estos órganos continúan, porque siguen sirviendo á una función que la naciente vida social, no solo no rechaza, sino que la exige. Pero los brazos dejan de ser patas, porque existe para ellos una función social que no sacrifica ninguna función animal esencial. El organismo encontró una manera de efectuar esto tan pronto como llegó á la adaptación que llamamos estación vertical. Así fué como la pata, con su sencillez de uso, se convirtió en la mano humana, el más maravilloso y útil instrumento del hombre. La lengua es un caso en que coexisten en el mismo miembro la antigua y la nueva función; comer y hablar.

128. El tercero de los casos,—la ratificación y desarrollo ulterior para los fines sociales de los modos de la acción animal que primeramente nacieron con fines orgánicos,—nos trae de nuevo á las expresiones emocionales que estábamos examinando.

Lo que más nos choea á primera vista, cuando consideramos la expresión de las emociones que tienen valor social, es precisamente su *doble significación*. El que tengan esta doble significación indica, además, dos hechos generales sobre la condición de su origen y sobre su mutua relación. En primer lugar es evidente que, para persistir en el desarrollo social de la humanidad después de haber prestado su utilidad en la serie animal (mientras que, como hemos visto, tantas otras reacciones animales no persisten), deben haber representado adaptaciones á un medio pre social, que fué por lo menos continuo con el medio social, si es que el mismo no fué social en cierto modo. Y en segundo lugar, dan á entender que cuando se toman en conjunto todas estas reacciones, deben explicarse juntamente con las nuevas adaptaciones sociales construídas sobre ellas por una tendencia general á la vida. Es decir, que el impulso del principio selectivo debió tender á conservar y desarrollar estas formas de reacción. Y